

LA IZQUIERDA
Y LA GUERRA
DE MALVINAS

Colección Historia Argentina

LA IZQUIERDA
Y LA GUERRA
DE MALVINAS

*Adolfo Gilly, Alan Woods,
Alberto Bonnet*

Ediciones *r/r*

Gilly, Adolfo

La izquierda y la guerra de Malvinas / Adolfo Gilly ; Alan Woods ; Alberto Bonnet. - 1a ed. - Buenos Aires : RyR, 2012.

253 p. ; 17x12 cm.

ISBN 978-987-1421-57-2

1. Historia Política Argentina. I. Woods, Alan II. Bonnet, Alberto
III. Título
DD 320.982

©CEICS-Ediciones ryr, 2012, Buenos Aires, Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11723
Printed in Argentina- Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir en Pavón 1625, C.P. 1870.
Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina.
Primera edición: Ediciones ryr, Buenos Aires, febrero, 2012
Responsable editorial: Agustina Desalvo
Diseño de tapa: Sebastián Cominiello
Diseño de interior: Tamara Seiffer
www.razonyrevolucion.org.ar
editorial@razonyrevolucion.org.ar

Miseria del nacionalismo

Fabián Harari

“En la medida en que hemos vuelto al principio a través del liberalismo y del radicalismo, hemos compartido estas simpatías por todas las nacionalidades oprimidas y sé perfectamente cuánto tiempo y cuánto estudio he gastado en librarme de ellas definitivamente”.

Friedrich Engels

“Señora, muchos son los que hablan de soberanía cuando están en el living mirando televisión. Que vengan aquí a ver si vale la pena derramar una gota de sangre por estas islas”.

Alejandro Vargas

Soldado muerto en Malvinas,
en carta a la madre de su novia

La guerra de Malvinas fue el único enfrentamiento armado entre estados en el que intervino la Argentina durante el siglo XX. El país no participaba en una guerra de ese tipo desde 1865. 1982 fue un año crítico en nuestra historia. Sus consecuencias, sus secuelas y su imagen se arrastran hasta hoy. Fue una prueba de fuego para las fuerzas armadas argentinas, pero también para las clases, para las organizaciones políticas y para la izquierda en particular. Como ya sabemos, casi nadie pasó la prueba y lo que podría haber sido

una oportunidad se transformó en un fracaso. Un fracaso de la burguesía nacional, pero que arrastró a la clase obrera y a las organizaciones revolucionarias, ya que (salvo honrosas excepciones) los más férreos opositores al régimen militar apoyaron la aventura. Ese arrastre fue lo que, entre otros motivos, permitió que la convulsión política subsiguiente no alcanzara más que para un recambio de régimen. Incluso, la salida de esa crisis encontró a la burguesía aún más fortalecida.

El libro que el lector tiene en manos es un intento de explicar este problema, a saber: ¿cuál fue la actitud de las organizaciones que debían representar los intereses de la clase obrera argentina? En ese sentido, los tres artículos que presentamos no se dedican a explicar en detalle el desarrollo de la guerra, sino de analizar la intervención de las organizaciones revolucionarias ante la coyuntura. Los tres tienen una idea central y polémica: la izquierda se vio arrastrada por el nacionalismo y eso constituyó su principal debilidad. Los autores son tres marxistas reconocidos: Adolfo Gilly, Alan Woods y Alberto Bonnet. El primero, mexicano y el segundo, inglés. El hecho de que haya un solo argentino es toda una expresión de lo minoritaria que ha sido la resistencia al nacionalismo.

Hasta ahora, la izquierda, cualquiera sea su tradición, reivindicó la guerra y la soberanía argentina sobre Malvinas. Inclusive, como una tarea necesaria para la liberación nacional. Pocas son las voces que se alzaron en un sentido contrario. Aquí encontramos tres trabajos de compañeros que, a contramano de lo que se viene sosteniendo, explican por qué esas posiciones constituyeron un serio error. Son un esfuerzo para sentar un precedente más adecuado a la tradición revolucionaria. Un punto de partida que logre superar al nacionalismo, una ideología extraña al marxismo y un tumor en el programa revolucionario.

Los artículos invitan a repasar la historia de la izquierda argentina en un momento muy particular, ya que en 1982 la política revolucionaria se estaba rearmando luego de años de oscuridad y

clandestinidad. Con todo, hay un punto que debe quedar asentado claramente: esas posiciones son parte de nuestra historia. “Nuestra”, no porque uno esté o no de acuerdo con lo dicho y hecho, sino porque se trata de aquellas organizaciones que pudo darse la clase obrera en ese momento. Eran (y son) nuestros compañeros. Como tales, debemos saldar cuentas, revisar aciertos y errores, realizar inventarios serios. En ese sentido, el pasado es el único laboratorio que tenemos. Entender ese pasado no implica simplemente indicar errores coyunturales, sino fundamentalmente explicar las causas que los provocaron. Hacia allí se dirigen, en mayor o menor medida estos escritos: a señalar que algo no está bien en el programa de la izquierda argentina. Y que eso debe modificarse.

Crisis, guerra y, otra vez, crisis

Como los artículos se concentran en discutir las posiciones de la izquierda y solo secundariamente analizan el conflicto, procuraremos recuperar el contexto, a modo de introducir al lector en el problema.

El año 1981 resultó ciertamente crítico para la dictadura. En sus comienzos, Martínez de Hoz tuvo que reconocer el fracaso de su plan y hubo que realizar un recambio no solo de ministerio, sino de gobierno (Viola por Videla). A su sucesor, Sigaut, no le fue mucho mejor. Su frase “el que apuesta al dólar, pierde” se hizo tristemente famosa. Ese año, se registraron 2.712 quiebras, contra 829 de 1980. La inflación fue del 131% y el déficit presupuestario superó el 8% del PBI. Hacia fines de año, se congelaron los aumentos salariales para el sector público. Las dos CGT (Azopardo y Brasil) comenzaron una recuperación de su actividad y la segunda mitad del año fue testigo de varias huelgas, en especial, en la industria automotriz. La Multipartidaria (la congregación de los principales partidos burgueses), empezaba a reunirse con las autoridades y la diplomacia internacional (principalmente, EE.UU.)

presionaba para un cambio de régimen. En términos políticos, en 1981 Argentina tuvo cinco presidentes: Videla, Viola, Liendo, Lacoste y Galtieri. Todo un síntoma de la crisis. El último de ellos accedió mediante un golpe de estado pergeñado por la Marina, el 15 de diciembre. La nueva Junta se compuso con Galtieri (que no dejó la comandancia del Ejército por temor a las internas), Jorge Anaya y Basilio Lami Dozo.

Viola, a través de su ministro del Interior, Horacio Liendo, intentaba una transición hacia el sistema partidario. Sin embargo, los planes de la Marina eran diferentes, ya desde tiempos de Massera. En diciembre de 1981, su comandante, Jorge Anaya, promovió al jefe del Ejército de Viola, Leopoldo Fortunato Galtieri, a la presidencia, a cambio de que éste aceptara su proyecto político, que incluía la recuperación de las islas del Atlántico Sur. Es decir, el golpe de estado tenía como función obstaculizar la entrega del mando a los civiles y preparar una salida parecida al PRI mexicano o a la que impuso Pinochet. La ocupación de Malvinas era la pieza clave de ese entramado.

Las ambiciones de la Armada sobre Malvinas son antiguas, pero la ofensiva más visible data de 1974, cuando Juan José Lombardo, quien respondía a Anaya, elaboró un plan para tomar Thule, una de las islas Sandwich, que se implementó exitosamente en diciembre de 1976, sin mayor reclamo británico. Lombardo fue el mismo que planificó la ocupación de Malvinas seis años después. En los primeros tiempos del proceso, Massera, enfrentado con Videla, le exigió a éste que se procediera a la recuperación de Malvinas. Para evadir el asunto, Viola (Jefe del Estado Mayor del Ejército) y José Rogelio Villarreal (Secretario de la Presidencia) le requirieron mayores detalles. Como el almirante no los tenía, tuvo que resignarse. No obstante, le encargó a Anaya que preparara un plan para tener a mano.

El 15 de diciembre de 1981, apenas se consumó el golpe, Anaya hizo llamar a Lombardo al Casino de Oficiales. Allí le comunicó

que debía poner en marcha el operativo en completa confidencialidad. Más tarde, se le sumaría Osvaldo García (Jefe del V Cuerpo del Ejército con asiento en Bahía Blanca) y el comodoro Plessl.

Entre los motivos que lanzaron a la burguesía argentina a la aventura armada hubo también un componente internacional. La posición argentina se caracterizaba por su férrea alianza con los EE.UU. La Junta pretendía convertirse en el principal baluarte norteamericano en el continente. En particular de un proyecto de una OTAN del sur (OTAS), en alianza con Sudáfrica. Para ello, había apoyado el golpe de Luis García Meza contra el presidente electo Hernán Siles Suazo, el 18 de julio de 1980 y había enviado efectivos para la lucha contrarrevolucionaria en Honduras, El Salvador y Nicaragua. Se había ofrecido para conformar el contingente que garantizaría los acuerdos de Camp David en el Sinaí, pero Washington prefirió no distraer las fuerzas en Centroamérica. En 1981, Washington levantó el embargo de armamentos contra la Argentina, votado en 1979 (enmienda Humphrey –Kennedy). En ese contexto, la Junta evaluaba que una victoria militar podía posicionar al Estado argentino como garante de la política contrarrevolucionaria. Esa posición implicaba no solo mejores acuerdos diplomáticos, sino una más fluida asistencia militar y económica. La frustración que representó la mediación con Chile, la entrega de Rhodesia (colonia británica) sin mayor combate y la sucesiva reducción del presupuesto militar británico, alentaron las expectativas del gobierno sobre la posibilidad de un golpe de mano en Malvinas. El anuncio del retiro del único buque militar inglés en el Atlántico Sur (el *Endurance*), terminó de convencer a la Armada de su proyecto. Como vemos, la ocupación de Malvinas no era parte de un enfrentamiento con el imperialismo, sino de una empresa reaccionaria que buscaba perpetuar un régimen de persecución a la clase obrera y convertirlo en la dirección del combate a la revolución a nivel continental.

El 11 de marzo, en la que fue denominada Operación Alfa, el empresario Constantino Davidoff llevó tripulación argentina en el buque *Bahía del Buen Suceso* y, sin autorización británica, desembarcó en Leith (Georgias), donde se izó la bandera argentina. El incidente desató una serie de reclamos diplomáticos, disuadió a Gran Bretaña de no reducir sus esfuerzos militares y quitó el factor sorpresa a la futura ocupación. Esa isla iba a quedar bajo el gobierno militar de Alfredo Astiz, que luego la rindió sin disparar un solo tiro.

El 30 de marzo se lanzó la fuerza de ocupación de Malvinas, que debía desembarcar en Puerto Stanley. El 1º de abril, contando con esa información, Ronald Reagan intentó comunicarse con Galtieri para advertirle que, en caso de guerra, EE.UU. apoyaría a Gran Bretaña. El presidente argentino decidió no atender hasta pasadas las 22, hora en que el desembarco se tornaba irreversible. El 2 de abril, se produjo finalmente la ocupación de Puerto Stanley y se arrestaron a las autoridades militares británicas. Las fotos de la bandera argentina izada y de los oficiales británicos con las manos en alto recorrieron el mundo y en Londres se desató una crisis política que agravó la que ya venía soportando el gobierno conservador. Lord Carrington, a cargo del Foreign Office, tuvo que renunciar.

El contrataque británico comenzó en el campo diplomático. El 3 de abril, consiguió que el Consejo de Seguridad de la ONU emitiera la resolución 502, que ordenaba el cese de hostilidades y “un inmediato retiro de todas las fuerzas argentinas de las Islas Falkland (Islas Malvinas)”. Votaron a favor, entre otros, Gran Bretaña, EE.UU., Japón y Francia. Se abstuvieron la URSS, China, Polonia, España. Allí comienza las mediaciones para intentar llegar a un acuerdo que evite el conflicto armado. La más importante de ellas fue la que llevó a cabo el secretario del Departamento de Estado, Alexander Haig. El funcionario norteamericano, enviado directo de Reagan, fue dos veces a la Argentina y a Londres. Dos veces había estado a punto de llegar a un acuerdo. En la primera,

fue la intransigencia argentina de pretender que para el 31 de diciembre se solucionase el problema de la soberanía. En medio de estas conversaciones, Galtieri, el PJ y la CGT llamaron a una concentración en apoyo a la ocupación para el 10 de abril. Fue todo un éxito, ya que convocó a 150.000 personas. Era la primera vez que la Junta lograba llenar una plaza. Sin lugar a dudas, este hecho dio fuerza a una salida política que contemplase un partido militar, lo que requería mayor intransigencia con Gran Bretaña e incluso con EE.UU., que el 30 de abril anunció sanciones económicas contra la Argentina.

En la segunda mediación, la expresa oposición de la Armada, que amenazó con provocar otro golpe de estado, frustró la posibilidad. Luego, hubo otras dos mediaciones: la de Belaúnde Terry (presidente de Perú) y la de Javier Pérez de Cuellar (Secretario General de la ONU). En ambos casos, lo que obtuvo el acuerdo fue la exigencia británica de contemplar los “deseos” y no los “intereses” de los isleños, lo que habría la puerta para ejercer el derecho de autodeterminación, que ponía a las islas en la órbita británica. En última instancia, el hundimiento del *Belgrano* (2 de mayo), fuera de la zona de exclusión, mientras se llevaban a cabo las negociaciones, terminó por sepultar cualquier alternativa. El enfrentamiento ahora sería predominantemente militar.

La guerra se extendió del 2 de mayo (hundimiento del *Belgrano*) hasta el 14 de junio, día en el que el gobernador militar Mario Benjamín Menéndez rinde la plaza de Puerto Stanley. La ocupación argentina se concentró en la Isla Soledad, la isla más importante y la que contenía la capital (al este de la misma). Solo se dejó un contingente menor en la Gran Malвина.

La ofensiva británica encontró muy poca resistencia y tuvo dos fases. La primera fue el cerco naval y aéreo, construido entre el 2 y el 21 de mayo. Mediante esta acción, se logró obstaculizar el suministro a las islas, acosar los puntos de defensa y producir un desgaste en los ocupantes. La noche del 15 al 16 de mayo el ejército

inglés realizó exitosamente dos operaciones de suma importancia. En primer término, destruyó, cerca de San Carlos, el buque mercante argentino *Isla de los Estados*, que transportaba abastecimientos para las tropas. Un navío que llevaba a bordo una plataforma de lanzamiento de cohetes múltiples estacionados en la isla Gran Malvina. En segundo término, atacó exitosamente los aviones de la base aérea de la Isla de Borbón, que permitían cuidar y patrullar el puerto San Carlos (al oeste de la Isla Soledad). Justamente en este puerto se iniciaría la ofensiva terrestre.

La noche del 21 de mayo, la infantería de marina británica desembarcó 4.000 efectivos y logró establecer una cabeza de playa. Entre el 27 y 29 de mayo, las tropas británicas avanzan sobre el estrecho Darwin-Pradera de Ganso (Goose Green) y logran derrotar a las argentinas. Esta región constituía el pasaje que comunicaba el norte con el sur de la Isla Soledad. El 8 de junio se produjo la única acción favorable a la argentina. Las tropas británicas desembarcaron en Bahía Agradable, cerca de Puerto Stanley. El ejército argentino decide, entonces, volar el puente sobre el río Fitz Roy, que comunica la bahía con las islas. Por lo tanto, las fuerzas británicas deciden desembarcar en Bluff Cove, siendo atacadas por la fuerza aérea argentina, en lo que fue su victoria más importante. Este suceso, sin embargo, no decidió las acciones y solo retardó la derrota final. Con las tropas de San Carlos y de Darwin, el general Jeremy Moore se puso al frente del asedio a Stanley. La capital está cercada por el mar al este y por una serie de montes al oeste. Entre el 12 y el 14 de junio, Jeremy Moore desistió de un movimiento de pinzas y decidió avanzar frontalmente sobre la línea de los montes Longdon-Dos Hermanas-Harriet y el Tumbledown. Los cuatro montes dieron lugar a cuatro batallas donde se trazó la derrota argentina. Cuando los británicos se acercaron a Puerto Stanley, no había nada que hacer.

Analizar en profundidad las causas de la derrota militar llevaría demasiado espacio para lo que intenta ser un prólogo, pero pueden

señalarse dos razones determinantes. En primer lugar, se trata de dos estados con diferente capacidad de choque y con diferente peso en las relaciones mundiales. Las FF.AA. argentinas contaban con 230.000 hombres, en su mayoría conscriptos (que para abril no tenían siquiera la preparación necesaria). La aviación tenía 65 aviones de combate, pero solo podía coordinar seis al mismo tiempo. A Malvinas se mandó un contingente de 12.000 hombres, la mayoría conscriptos sin experiencia alguna y 20 helicópteros. Gran Bretaña poseía un ejército de 350.000 hombres, todos profesionales. El Estado Mayor argentino no tenía experiencia alguna en un conflicto de esta envergadura y pocas veces se habían realizado maniobras conjuntas entre las tres fuerzas. Gran Bretaña había peleado dos guerras mundiales y varias guerras en Asia y África durante el siglo XX. Para Malvinas, Londres armó un contingente de 28.000 hombres, movilizandolos todos los recursos de la flota, 110 navíos, de los cuales 33 eran de combate y 60 de apoyo, con 38 aviones y 140 helicópteros. Además, Gran Bretaña era la punta de lanza de la OTAN en momentos donde se estaba desarrollando la crisis en Polonia y la guerra del Líbano, episodios de mucha mayor importancia que Malvinas. Por lo tanto, contó con la asistencia diplomática y militar norteamericana (base de la Isla Asunción y radares). Si esto fuera poco, dispuso también de la asistencia chilena. En particular, de la base en Punta Arenas (más cerca de Malvinas que Puerto Belgrano), lo que compensó la ventaja argentina por la cercanía geográfica.

Pero hay una segunda razón de orden coyuntural: la Junta no se preparó para un conflicto de esta magnitud y, ante los hechos, no se resolvió a presentar mayor resistencia, por temor a una escalada bélica que implicara bombardeos al continente. Consciente de sus propios límites, prefirió minimizar las pérdidas. Por ejemplo, luego del hundimiento del Belgrano, la Marina retiró sus buques del conflicto y aceptó el bloqueo marítimo. Las islas solo pudieron ser abastecidas por aire, de allí de lo deficiente de los suministros. Se

trata de una decisión inédita. Otro ejemplo que puede citarse es la decisión de priorizar los ataques a los buques de guerra antes que a los navíos logísticos y los transportes de tropa, más indefensos y de mayor importancia. De haber perdido uno de sus dos portaviones, Inglaterra hubiese estado en un serio aprieto. Un último ejemplo lo constituye una decisión sumamente curiosa. Del 2 de abril al 21 de mayo, la Argentina tuvo la oportunidad de ampliar el aeropuerto de Puerto Stanley para poder operar con aviones de alto porte (Skyhawk, Mirage), abastecidos en las islas y con gran margen de horas de vuelo. Sin embargo, no se hizo nada. Por lo tanto, se daba la paradójica circunstancia de que los aviones británicos tenían más minutos de combate en la zona de conflicto desde su portaviones que los argentinos.

Lo cierto es que la derrota sumió al gobierno argentino y al régimen militar en su conjunto en una profunda crisis política. El rechazo popular al gobierno, anticipado en la huelga del 30 de marzo, se intensificó al conocerse la noticia de la rendición. Los mandos medios comenzaron un serio cuestionamiento a sus superiores por la conducción. Las tres fuerzas se vieron enfrentadas. Anaya pretendía salvar su proyecto político. Lami Dozo quería utilizar el caudal que había ganado la aeronáutica para lanzarse a la arena política y el ejército pretendía evitar las acusaciones y volver al proyecto de Viola. Galtieri intentó mantenerse a flote, pero una reunión de generales de su propia fuerza le comunicó que debía dar un paso al costado. El 17 de junio asumió Cristino Nicolaidis, con el objetivo de designar un presidente interino. La Armada y la Aeronáutica se negaban a que el nuevo mandatario saliera, otra vez, del ejército y hasta preferían un civil. Sin embargo, el 22 de junio, Nicolaidis pasó el mando a Bignone, un general retirado contrario a Galtieri. En el acto las otras dos fuerzas anunciaron que se retiraban del gobierno. Ante este cuadro de suma debilidad, el nuevo mandatario se reunió con la Multipartidaria para acelerar la transición. Pero la dirigencia burguesa se negó a recibir el poder a menos que el

conjunto de las tres fuerzas uniera una salida y consensuara su lugar en un futuro gobierno constitucional, lo que incluía la revisión de la guerra contrarrevolucionaria. Luego de arduas negociaciones, el 10 de octubre, las dos fuerzas faltantes vuelven al gobierno.

La movilización política a fines de 1982 fue intensa. El 6 de diciembre se realizó el mayor paro general desde 1975 y diez días más tarde una movilización “por la civilidad” convocó a 100.000 personas. La crisis política, sin embargo, fue canalizada por los partidos burgueses. En particular, por la UCR. El alfonsinismo es el producto de esa crisis, de la cual tomó su fuerza. La crisis de conciencia de amplias masas fue conducida hacia el apoyo masivo y eufórico a la constitución.

La cuestión nacional en Argentina

El hecho de que la burguesía pudiera cabalgar la crisis y conducirla hacia el masivo apoyo de las masas al dominio del capital (en eso consiste la democracia burguesa) se explica por más de una variable. Una de ellas es la desacertada intervención de la izquierda, que apoyó la invasión a Malvinas. No es la única, claro. Uno podría preguntarse si, con una clase obrera saliendo de su peor derrota histórica, una política correcta hubiese bastado. El caso es que nunca podremos saberlo, justamente porque esa política no emergió. Peor aún, en caso de que Argentina hubiese ganado, se habría perpetuado un régimen de persecución a la clase obrera y a sus organizaciones (izquierda incluida), se habría profundizado la contrarrevolución en el continente y la guerra habría avanzado sobre Chile (ese era el plan original).

La oposición a la invasión y a la guerra hubiera puesto a la izquierda en un sitio ciertamente impopular, pero solo hasta el 15 de junio. Luego de esa fecha, hubiese cosechado importantes adhesiones y una autoridad política que no podía exhibir ninguno de los integrantes de la Multipartidaria. Pero, por sobre todo, hubiese

comenzado a educar a los trabajadores en el rechazo al nacionalismo, ideología por la cual la burguesía logra soldar sus alianzas con la clase obrera.

Como sugieren los tres autores de este libro, hay un problema que excede la apreciación coyuntural sobre la guerra. Un problema que se encuentra en la mirada con que se examinó el conflicto. Un aspecto del programa que arrastra a sucesivos errores: la cuestión nacional. La izquierda, en su conjunto, sostiene que la Argentina no ha completado sus tareas nacionales y, entre los obstáculos para alcanzarlas, se halla la opresión del imperialismo (norteamericano, pero también inglés, francés y japonés, que conforman un bloque). Entre esos obstáculos, se encontraría la ocupación colonial de Malvinas. Por lo tanto, la invasión del archipiélago constituiría parte de las tareas democrático burguesas por las que el país debería transitar para su liberación. Hay aquí tres errores: de apreciación histórica, de conocimiento de la historia argentina y del peso de las Malvinas en la estructuración nacional de la Argentina.

En primer lugar, debe comprenderse qué se entiende por “cuestión nacional”. En realidad, desgajado de las particularidades, la cuestión nacional es la realización de las tareas que requiere la revolución burguesa. Es decir, la constitución de un Estado nacional, la hegemonía burguesa y la unificación económica y mercantil en una economía plenamente capitalista. Nada más. Los grandes clásicos marxistas escribieron en momentos en que estas tareas estaban llevándose a cabo en el mundo. Marx y Engels vivieron el período en que estos problemas se presentaban en toda Europa, con la excepción de Inglaterra. Lenin, en cambio, fue testigo del mismo proceso en Asia y Europa Oriental. Por ello, no es extraño que intentaran reflexionar sobre la cuestión y, en ciertos casos, apoyaran los movimientos burgueses que luchaban contra la reacción feudal (como fue el caso de Polonia). Lenin fue muy claro en su polémica con Rosa Luxemburgo: el derecho a la autodeterminación nacional culmina en la creación del Estado nacional o, lo que es lo mismo, en

el dominio del capitalismo y la burguesía nacional en ese territorio. La radicación de capitales extranjeros y la competencia es parte de la dinámica económica capitalista.¹

La Argentina logró completar su revolución burguesa en el período que media entre 1860 y 1880. Logró constituir un Estado nacional, la unificación económica, un mercado capitalista y barrer con los restos de relaciones precapitalistas. En el camino, ha perdido y ganado territorio, como cualquier estado (Alemania y Francia mantienen una disputa con la región de Lorena y Alsacia y a nadie se le ocurre afirmar que no han completado sus tareas nacionales). En definitiva, la Argentina ha completado sus tareas nacionales y no tiene ninguna cuestión democrático burguesa por resolver. Entonces, la Argentina no es un país colonial ni semicolonial (si existiese algo así). Hasta que la izquierda no modifique este punto de su programa, va a seguir enlazada de una forma u otra, a la ideología burguesa.

¹“No solo los pequeños estados, sino también Rusia, por ejemplo, dependen por entero, en el sentido económico, del poderío del capital financiero imperialista de los países burgueses ‘ricos’. No solo los diminutos estados balcánicos, sino también América en el siglo XIX fueron, económicamente, colonia de Europa, según lo señaló Marx en *El Capital*. Todo esto, por supuesto lo sabe muy bien Kautsky, como cualquier marxista, pero ello no tiene nada que ver con el problema de los movimientos nacionales y del Estado Nacional. El problema de la autodeterminación política de las naciones en la sociedad burguesa, de su independencia estatal, Rosa Luxemburgo lo sustituye por el problema de su autonomía e independencia económica. Esto es tan inteligente como si alguien, al analizar la reivindicación programática acerca de la supremacía del Parlamento, es decir, de la asamblea de representantes de pueblo en un Estado burgués, se pusiera a exponer su convicción, plenamente justa, de que el gran capital domina en un país burgués, cualquiera sea su régimen”, en Lenin, Vladimir Illich: “El derecho de las naciones a la autodeterminación”, en *Obras Completas*, Cartago, Buenos Aires, 1961, t. XXI, p. 319.

La afirmación que en cualquier guerra que enfrente a una nación con una economía de mayor tamaño contra una de menor, hay que apoyar a esta última, olvida no solo la primacía del antagonismo de clase por sobre el nacional, sino incluso la propia historia bolchevique. Para oponerse al binomio dictadura-democracia, propio de la ideología burguesa más simplona, se acude a la oposición entre naciones, que no es menos burguesa ni menos simplona. En la Guerra Ruso-Japonesa de 1904, el partido bolchevique se opuso a apoyar el combate del país “semicolonial” (Rusia) contra el “imperialismo” japonés y llamó al derrotismo. La derrota militar del ejército ruso abrió un proceso revolucionario.

Ahora bien, vamos a una pregunta crucial: ¿las Malvinas son argentinas? La respuesta es antipática: no, son de los isleños. La Argentina perdió ese territorio (hoy día sin importancia alguna) hace más de 170 años, en 1833. Incluso, Rosas se lo quiso vender a los ingleses. Cinco años antes, en 1828, una provincia argentina, la Banda Oriental, se transformaba en una república independiente, guerra e intervención inglesa mediante. Con el criterio que se reclaman las Malvinas habría de reclamar también la anexión de Uruguay, EE.UU. debería devolver Texas y California a México (un saqueo saludado por Engels) y habría que hacer lugar al reclamo sionista, ya que los judíos fueron expulsados de Palestina hace miles de años. Las fronteras no están determinadas por la naturaleza ni por la gracia divina. Para decirlo más científicamente: no son ahistóricas, están sometidas a los avatares de la lucha de clases y solo desde ese punto de vista deben analizarse. ¿Cuál es el interés del proletariado argentino en las islas? ¿Cuál es el obstáculo que pone a la revolución socialista el dominio inglés en las Malvinas? Esas son las preguntas que la izquierda debe responder. El resto es caer y hacer caer al proletariado en manos del enemigo.

Tres textos, tres combates

Los trabajos aquí reunidos forman parte de un intento de discutir la posición dominante en la izquierda argentina, a saber, el apoyo a la ofensiva argentina. En todos ellos se discute el nacionalismo imperante que se oculta detrás de lo que fue la intervención de las organizaciones políticas del momento. Los tres fueron publicados en diferentes momentos. El primero, de Adolfo Gilly, tiene la virtud de haber sido escrito en pleno conflicto y por lo tanto, con los materiales que tenía a mano, el autor logró construir un conocimiento agudo de la coyuntura. Además de lúcido, lo suyo fue valiente, porque enfrentó, en minoría, no solo a toda la intelectualidad en Argentina, sino a los argentinos exiliados en México, que constituyeron la principal usina intelectual para el apoyo a la invasión (el Club de Cultura Socialista).

El segundo es de 2003 y constituye parte de una polémica del autor Alan Woods con Luis Oviedo, del Partido Obrero. Mientras el PO llamó a llevar adelante la guerra contra Gran Bretaña, luego del 2 de mayo, Woods procuraba llamar al derrotismo en los dos bandos. Más allá de las acusaciones puntuales que se destilan en el texto y de ciertas consignas más bien abstractas en relación a la coyuntura, se explica allí por qué los revolucionarios deben priorizar las tareas socialistas por sobre las nacionales.

El último que presentamos fue escrito en 1997, pleno auge del menemismo. A 15 años de la guerra, con mayores materiales, Alberto Bonnet pudo realizar una crítica más profunda aún. En su artículo, se cuestiona no ya tal o cual posición ante la coyuntura, sino que se advierte sobre la necesidad de una revisión profunda del programa trotskista en el cual predomina la hipótesis de que la Argentina es un país “semicolonial”, en donde la opresión nacional cumple un papel importante. Ese es un mérito indudable del autor y vale la pena volverlo a editar. El artículo fue publicado, en su momento, por nuestra revista *Razón y Revolución*, una de los pocos

espacios donde, en esos años, la ciencia pudo resguardarse de la ofensiva posmoderna.

Adolfo Gilly es Doctor en Estudios Latinoamericanos y docente de la UNAM. Nació en Argentina en 1928. En 1966 intentó unirse a la guerrilla guatemalteca, pero fue arrestado. Su juicio llegó a la Corte Suprema. La presión popular logró su liberación en 1972. Ese año pasó a México para comenzar sus tareas docentes y su militancia en el Partido Revolucionario de los Trabajadores. Luego, su trayectoria lo llevó a las filas del reformismo en el Partido de la Revolución Democrática y, entre 1997 y 1999, colaboró con el gobierno municipal de la Ciudad de México de Cuhatémoc Cárdenas. También se acercó al zapatismo y formó parte de varias juntas del EZLN. Escribió varios libros entre los cuales se encuentran *La revolución interrumpida* (1971) y *El Cardenismo: una utopía mexicana* (1994).

Alan Woods nació en Swansea (Gales), en 1944. Se licenció en filología rusa en la Sussex University, en la Universidad de Sofía y de Moscú. Formó parte de la resistencia antifranquista en España durante los '70. Hasta 1992 formó parte de la corriente The Militant, que proponía el entrismo en el Partido Laborista. The Militant jugó un papel importante en las huelgas de la década de 1980. En la década de 1990, Woods junto a Ted Grant se escindieron de la organización fundando el partido Socialist Appeal y la Corriente Marxista Internacional. A la muerte de Grant, Woods tomó la dirección del movimiento. Dicha corriente se expandió hacia América Latina en los últimos años. Escribió, junto a Ted Grant, los libros *Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente* (1969) y *Razón y Revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna* (1995).

Alberto Bonnet es Licenciado en Filosofía y Doctor en Ciencias Sociales. Realizó su doctorado en la Universidad Autónoma de Puebla bajo la dirección de John Holloway. Actualmente es docente de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad de Quilmes. Es autor de numerosos artículos sobre la política argentina durante

la década de 1990 y compiló varios libros sobre historia reciente y marxismo en Latinoamérica. Entre sus libros, se destacan *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina* (2008) y las compilaciones *Modernización y crisis. Transformaciones sociales y reestructuración capitalista en la Argentina del siglo XX* (2002) y *El país invisible. Debates sobre la Argentina reciente* (2011).

Para seguir...

Si los debates que sostienen estos artículos le interesan, seguramente buscará mayor información. La guerra de Malvinas dio origen a numerosos libros y no podemos aquí enumerarlos a todos, pero sí dar una orientación sobre los más útiles.

Lamentablemente, la guerra no ha despertado la atención de los investigadores marxistas. Por lo tanto, el período está aún a la espera de una investigación científica. Más allá de este inconveniente, lo mejor que se ha escrito, el trabajo más documentado es Freedman, Lawrence, Virginia Gamba-Stonehouse y Aníbal Leal: *Señales de guerra*, Vergara, Buenos Aires, 1992.

Un enfoque general también puede encontrarse en Dabat, Alejandro y Luis Lorenzano: *Conflicto malvinense y crisis nacional*, Libros de Teoría y Política, México, 1982 y Alonso Piñeiro, Armando: *Historia de la guerra de las Malvinas*, Planeta, Buenos Aires, 1992.

Para una minuciosa reconstrucción de la diplomacia en el conflicto le recomiendo Cardoso, Oscar Raúl, Ricardo Kirschbaum y Eduardo Van Der Koy: *Malvinas. La trama secreta*, Planeta, Buenos Aires, 1992. Menos recomendable es Moro, Rubén Oscar: *La guerra inaudita. Historia del conflicto del Atlántico Sur*, Pleamar, Buenos Aires, 1986.

Para entender la situación en Gran Bretaña, lo más accesible es The Sunday Times Insight Team: *Una cara de la moneda*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1983.

Si le interesa el papel que cumplió EE.UU., puede consultar Falcoff, Mark: *U.S. reaction to the Malvinas War: An Informal Assessment*, American Enterprise Institute for Public Research, Washington, 1982. Si quiere profundizar en los aspectos militares de la guerra, le recomiendo:

Aguiar Cervo, Francisco, Martín Balza et. al.: *Operaciones terrestres en las islas Malvinas*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1985.

Balza, Martín: *Malvinas. Gesta e incompetencia*, Atlántida, Buenos Aires, 2003.

Camogli, Pablo: *Batallas de Malvinas. Todos los combates de la Guerra del Atlántico Sur*, Aguilar, Buenos Aires, 2007

Para comprender el trabajo de la prensa, Escudero, Lucrecia: *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*, Gedisa, Barcelona, 1996. Por último, las secuelas en los familiares, puede consultarse en Bustos, Dalmiro: *El otro frente de la guerra. Los padres de las Malvinas*, Buenos Aires, Ramos, 1982.

Malvinas también inspiró a la literatura argentina. Entre otras, podemos destacar las dos que lograron mayor relevancia. La primera es *Las islas*, de Carlos Gamerro, llevada a la escena teatral hace poco. La segunda, *Los pichiciegos*, de Fogwill, una obra que destila cinismo y pesimismo.

En cuanto al cine, la pantalla argentina ofreció tempranamente *Los chicos de la guerra* (1984), dirigida por Bebe Kamin. Luego, hubo que esperar hasta el kirchnerismo para una verdadera andanada de películas sobre la cuestión. Son estas:

Locos de la Bandera (2004), de Julio Cardozo.

Iluminados por el fuego (2005), de Tristán Bauer.

No tan nuestras (2005), de Ramiro Longo.

Desobediencia debida (2008), de Victoria Reale.

Huellas en el viento (2008), de Sandra Di Luca.

Malvinas, 25 años de silencio (2008), de Myriam Angueira.

De todas ellas, solo *Iluminados por el fuego* escapa al formato documental. Ninguna se anima a una comprensión profunda del conflicto. La que más se rescata es *No tan nuestras*.

Entre las producciones del cine inglés puede encontrarse:

Resurrected (1989), de Paul Greengrass.

An Ungentlemanly Act (1992), de Stuart Urban.

The Falklands Play (2002), de Michael Samuels.

Entre las más recomendables, se sugiere *For Queen & Country* (1988), de Martin Stellman, con Denzel Washington, sobre un veterano de guerra de Malvinas que no puede conseguir trabajo. No obstante, la que se lleva todas las palmas es la imperdible *This is England* (2006) de Shane Meadows, una obra que muestra la vida en los suburbios londinenses en la posguerra y la aparición de los skinheads.

Las Malvinas, una guerra del capital¹

Adolfo Gilly

La confluencia de dos crisis

Si, en los términos en que se han constituido en los últimos dos siglos las naciones modernas, algún país tiene derechos históricos, geográficos y jurídicos a reclamar su soberanía sobre las islas Malvinas, que los británicos llaman Falkland, ese país es Argentina. Gran Bretaña no puede presentar mejores títulos para su ocupación de las islas que para su permanencia en Hong Kong o en Gibraltar. Pero es la completa inutilidad económica, política o militar inmediata, tanto para la nación y el pueblo argentino como para la nación y el pueblo británico, de esos peñascos inhóspitos y casi despoblados en el Atlántico Sur, lo que pone nítidamente al descubierto, como en un experimento de laboratorio, la lógica de la guerra por las Malvinas. Esa lógica no responde a la idea de libertad, como lo quieren los propagandistas del imperio británico, ni a la de soberanía, como lo sostienen los de la dictadura militar argentina, ni siquiera a los intereses económicos (el posible petróleo) o las necesidades militares (la hipotética base, que hasta antes de esta guerra no existió), como podría suponerlo un materialismo

¹Publicado originalmente en *Cuadernos Políticos*, n° 35, Ediciones Era, México D.F., enero-marzo 1983, pp.15-51.